

Johan Ludvig Heiberg

La gran multitud de libros que suele aparecer en nuestra nación en el periodo que se extiende de los últimos días del otoño al Año nuevo y, dado que hay varios rezagados, hasta los primeros meses después de Año nuevo, es justo como una cosecha de invierno que no se hace visible sino hasta primavera, y es que, entretanto, ha tenido la fuerza para germinar en el silencioso e invisible seno de la tierra, sin el cual languidecería y jamás se tornaría verde. El público lector es la tierra en la que esta cosecha literaria de invierno germinará o desaparecerá. El hecho es que resulta poco común que todas las voces sean unánimes de inmediato y desde el comienzo con respecto al valor y significado de un libro nuevo, e incluso cuando tal cosa sucede, esto, no obstante, es más una predicción sobre su futuro puesto en la literatura que el que tenga un sitio seguro en ella. Una reseña meticulosa a menudo puede transformar de forma repentina la opinión general que con tanta seguridad se había manifestado. También para los libros existe un tiempo de prueba antes de cuyo término no es posible afirmar cuál es su verdadera valía, y establecer la duración de tal prueba al tiempo que va del Año nuevo a la primavera difícilmente nos resultará demasiado largo. De esta manera, la primavera literaria llega para estos productos al mismo tiempo que la primavera real; al igual que ésta, es un tiempo de resurrección y no es sino hasta que la primavera está en su puesto que estos retoños literarios se revelan en verdad como fructíferos para la literatura. 285

Lo que en realidad es motivo de esta observación es el hecho de que el *Intelligensblade* concluye su segundo volumen con el presente número<sup>1</sup> sin haber mencionado todavía los distintos libros notables que se han publicado desde el otoño hasta ahora. El editor debe rogarle al lector que 286

---

<sup>1</sup> Heiberg editó la publicación periódica llamada *Intelligensblade* entre marzo de 1843 y marzo de 1844, publicando en total cuatro volúmenes. A diferencia de *Perseus*, el diario editado anteriormente por Heiberg (1837-1838), cuyo énfasis era esclarecer y divulgar cuestiones de filosofía, especialmente del sistema de Hegel, *Intelligensblade* volvió a concentrarse en la literatura y el teatro como temas principales, aunque también se tocaban asuntos políticos. “La cosecha literaria de invierno” apareció en el no. 24, el último, del segundo volumen de *Intelligensblade*.

también en este sentido considere tales libros como una cosecha de invierno que florecerá en el tercer volumen del *Intelligensblade*, el cual iniciará en la misma fecha que el primer volumen, y que el editor, al menos en pensamiento o con esperanza, pretende empezar con las mismas palabras con las que, de hecho, hace un año empezó el primero: “Es primavera y los pájaros cantores han llegado”.

287 Por lo demás, los libros que han sido escritos por autores conocidos y populares no tienen necesidad alguna de la recomendación apresurada que sin duda tiene que ser el verdadero objetivo de una reseña hecha a la carrera. Por otro lado, las apreciaciones más tardías que primero las juzgan como cosechas invernales pueden resultarles provechosas, en buena medida porque se han convertido en valoraciones más maduras. También al reseñador le conviene familiarizarse con esos juicios provisionales y a menudo contradictorios, y cuando por último la opinión pública se vuelve un poco más firme y determinada, aquél sabrá cómo enfrentarse a ella, ya sea dándole su aprobación o combatiéndola.

Otra ventaja de las reseñas tardías es la comodidad que se obtiene con ellas, pues, dado que la cosecha de invierno siempre es de un tamaño considerable, un reseñador puede, si tan sólo se da el tiempo para ello, ahorrarse no pocos inconvenientes, mientras que, si procede con demasiado celo, a menudo debe lamentarse por haberse procurado el inconveniente de querer matar algo que poco tiempo después ha de morir por sí solo. De este modo, entre los productos más recientes de Año nuevo hay muchos que, por decirlo de la manera más gentil posible, han muerto ya en su propio lecho, ignorados y olvidados por los supervivientes. Recuérdese el ejemplo más elocuente de esto, “El regalo de Año nuevo del Corsario”, del cual se habló tanto antes de que se conociera, y veinticuatro horas después de su publicación ya nadie hablaba de él.

288 Sin embargo, no se discutirán en este diario esos productos ya muertos y olvidados. En efecto, una de las ventajas de la categoría de la cosecha invernal es que uno puede librarse de comentar los brotes estériles. Pero de entre aquellas obras que desde ahora nos aventuramos a considerar como fructíferas, por lo pronto sólo mencionaré *Digtninger* de Winther,<sup>2</sup> *Ude og Hjemme* de Holst<sup>3</sup> y *Folkesagn* de Thiele.<sup>4</sup> En cada uno de estos libros el

<sup>2</sup> Christian Winther (1796-1876), *Digtninger*, Copenhague: C. A. Reitzel, 1843.

<sup>3</sup> Hans Peter Holst (1819-1893), *Ude og Hjemme. Reise-Erindringer*, Copenhague: C. A. Reitzel, 1843.

<sup>4</sup> Just Mathias Thiele (1795-1874), *Danmarks Folkesagn*, vols. 1-2, Copenhague: C.

*Intelligensblade* ha podido encontrar puntos de contacto para el tratamiento de interesantes cuestiones estéticas.

Por lo demás, en estos últimos días, y al igual que un relámpago caído del cielo claro, un monstruo de libro ha impactado de forma repentina a nuestro público lector; me refiero a esos dos enormes y gruesos volúmenes, o 54 pliegos grandes con letra pequeña, que componen “O lo uno o lo otro” de “Victor Eremita”.<sup>5</sup> Por lo tanto, es preciso decir que el libro es un monstruo tan sólo por su volumen, pues sus dimensiones resultan de por sí imponentes incluso antes de saber qué clase de espíritu habita dentro de él, y no dudo que si el autor quisiera exhibirlo a cambio de dinero, obtendría una suma tan grande como si cobrara por leerlo. Dicha enormidad es una molestia pasajera a la que uno debe sobreponerse. Uno<sup>6</sup> piensa: “¿tengo el tiempo para leer semejante libro, y qué garantía tengo de que mi sacrificio será recompensado?” Uno se siente capturado de forma singular por el título mismo cuando uno lo aplica a la relación de uno con el libro, y uno se pregunta a sí mismo: “¿Lo leo o lo dejo en paz?” Ya no vivimos en la Edad de Oro, sino, como se sabe bien, en la Edad del Hierro [*Jernalderen*] o, para decirlo con mayor precisión, en la Edad del Ferrocarril [*Jernbane Alderen*], ¡qué anacronismo increíble el que aparezca un *fárrago*<sup>7</sup> semejante en una época cuya misión consiste en dominar las más grandes distancias en el tiempo más corto! Por último, después de todas estas reflexiones e imprecaciones preliminares, uno dice: “¡Lo mismo da saltar de lleno en el libro que arrastrarnos por él!” Y ahora uno en verdad *salta* al libro, lo lee un poco por aquí y por allá para hacerse una idea de su sabor, el cual o bien puede impulsarnos a hacer una lectura más detenida o bien movernos a interrumpir lo ya empezado.<sup>8</sup> Pero como buen lector, uno salta primero al

289

A. Reitzel, 1843.

<sup>5</sup> *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida*, editado por el seudónimo Víctor Eremita, se publicó en dos volúmenes el 20 de febrero de 1843. El primer volumen contaba con 496 páginas y el segundo con 376, ambos en formato de octavo, una extensión considerable. Téngase en cuenta que “La cosecha literaria de invierno” se publicó el 1 de marzo de 1843, lo que significa que Heiberg tuvo menos de diez días para preparar su reseña de esta enorme obra, un detalle que no pasó desapercibido para un indignado Kierkegaard.

<sup>6</sup> A lo largo de su reseña Heiberg emplea el pronombre indefinido “uno”, *Man*, para referirse al lector imaginario de *O lo uno o lo otro*. Este detalle irritaría de forma especial a Kierkegaard. Sin embargo, al final del texto, Heiberg expresa el deseo de que aparezcan verdaderos lectores individuales capaces de leer con cabalidad el libro.

<sup>7</sup> En español en el texto original de Heiberg.

<sup>8</sup> A lo largo de la reseña, Heiberg juega de forma constante con la disyunción “o bien esto o bien lo otro”, *Enten-eller*, remedando el título de la obra de Kierkegaard.

primer volumen antes de saltar al segundo, es decir, uno navega por el *O lo uno* antes de navegar por el *o lo otro*.<sup>9</sup>

Así, uno se encuentra en primer lugar en el *O lo uno*, y en primer lugar uno se encuentra aquí no demasiado bien, pues uno se percata de que uno no tiene ni remotamente tanto tiempo como el autor. Se trata de un paseo desagradable e incómodo en el que uno constantemente tiene la sensación de querer adelantarse a aquel que lo lleva a uno del brazo. Uno se encuentra con muchas reflexiones picantes; quizá algunas de ellas son incluso profundas; uno no lo sabe con certeza, pues cuando uno cree descubrir un punto (lo que el autor llama un punto), uno vuelve a sentirse desorientado. Uno se siente impaciente de que el poco común ingenio, la erudición y la destreza estilística del autor no vayan emparejadas con una habilidad organizadora que podría lograr que las ideas se mostrasen de forma plástica. Todo parece como salido de un sueño, indeterminado y evanescente. Sin embargo, a fin de tener un punto de partida positivo en medio de toda esta negatividad, uno se entrega a la lectura del análisis de la comedia de Scribe “El primer amor”, pero ahí uno descubre que el autor ha transformado ese punto positivo en su propio castillo en el aire. De una pequeña y linda bagatela el autor ha pretendido hacer una obra maestra, y asocia a esto una tendencia que es justamente lo opuesto a lo que Scribe admitía de forma abierta.<sup>10</sup> Uno se apresura entonces al “Diario del seductor”,<sup>11</sup> pues el título mismo sugiere ya que tal pieza debe ser más creativa que crítica. Y de cierto modo uno no se siente decepcionado en este sentido, pero uno se siente asqueado, uno siente náuseas, uno se siente indignado, y uno no se pregunta cómo es posible que haya alguien como este seductor, sino cómo es posible que un autor individual esté de tal modo dispuesto que encuentre placer en situarse en un carácter semejante y en desarrollarlo en el silencio de sus pensamientos. La mirada cae sobre el libro y la posibilidad queda realizada.

<sup>9</sup> *O lo uno* se refiere al primer volumen del libro, la parte estética de la obra. El segundo volumen es, desde luego, *o lo otro*, la parte ética.

<sup>10</sup> En la primera parte de *O lo uno o lo otro*, Kierkegaard, bajo el seudónimo A, elabora un extenso análisis del vodevil *El primer amor* del dramaturgo francés Eugène Scribe (1791-1891). Kierkegaard, en efecto, no disimula su entusiasmo por esta obra y la exalta como una obra maestra. La pieza había sido traducida al danés por Heiberg, quien había introducido el género del vodevil en Copenhague y sentía un gran aprecio por los dramas de Scribe, de quien tradujo diversas obras. Es posible que Kierkegaard intentara ganarse la aprobación de Heiberg haciendo una reseña tan favorable de uno de los autores predilectos del poeta. Heiberg, no obstante, reconocía cuál era el valor justo de un vodevil y, por consiguiente, el trabajo de Kierkegaard no podía más que parecerle una exageración.

<sup>11</sup> “El diario del seductor” es la última parte del primer volumen de *O lo uno o lo otro*.

Uno cierra el libro y exclama: ¡Basta! He tenido suficiente de *O lo uno*, me niego a aceptar *o lo otro*". No obstante, después de que se supera la primera sensación de incomodidad, uno se regocija *anticipando*<sup>12</sup> del escándalo y las acusaciones de herejía que de repente se escucharán por todos los rincones, porque hasta ahora nuestros mojigatos, entrometidos y cobardes moralistas jamás han recibido una dosis de esta clase. Todos harán gestos y estallarán en graznidos como si hubieran sido sorprendidos *in puris naturalibus*.<sup>13</sup> ¡Cuán a menudo no han gozado con filisteo entusiasmo de las imprecaciones sobre la poesía, aun cuando ésta no hace sino emplear su legítima libertad! Que sufran ahora esta poderosa ráfaga. Les hará un gran bien: no es más que su castigo merecido.

Aquel cuyo camino con el libro he descrito es "uno"; bien pude haber dicho "otro". Mientras tanto, ciertos *individuos* sentirán curiosidad por ver qué clase de "o lo otro" contrapone el autor a semejante "O lo uno", y al menos empezarán a hojear el segundo volumen. Y cuando en cada punto al que el azar los conduce se encuentran con un relámpago de pensamiento de tal índole que de repente ilumina esferas enteras de la existencia, vislumbran que debe haber aquí una fuerza organizadora que transforma el conjunto en una genuina totalidad, y ahora, como lectores ordenados y meticulosos que son, empiezan con este "o lo otro" y leen el volumen completo de principio a fin, palabra por palabra. A lo largo de toda la lectura se sienten capturados de tal forma por el libro que prácticamente son incapaces de apartarlo, se sienten afectados de manera incesante por un espíritu inteligentísimo y poco común que desde una profunda fuente especulativa muestra frente a sus miradas la más hermosa visión ética, salpicando su exposición con un torrente de picantes bromas y humor. Pero ¿qué significa el título del libro? El segundo volumen es absoluto, ahí no hay cuestión alguna sobre un "o lo uno o lo otro", y el libro, lejos de refutar la tesis de que la ley de la contradicción ha sido superada (p. 176), constituye por el contrario una demostración más de su validez.

Pero los ya mencionados lectores "individuales", aquellos no incluidos bajo el referido "uno", por respeto al autor que ha escrito semejante "o lo otro", volverá a considerar el "O lo uno" por sí mismo, y lo leerá con detenimiento. Después de esto se formará una opinión del significado que

<sup>12</sup> En latín en el original: *anticipando*, "con antelación".

<sup>13</sup> La locución latina *in puris naturalibus*, que literalmente se traduce como "en puro estado natural", significa por lo regular "completamente desnudo".

corresponde al libro en su totalidad y, por último, tal vez uno de dichos individuos le mostrará al público esta opinión.